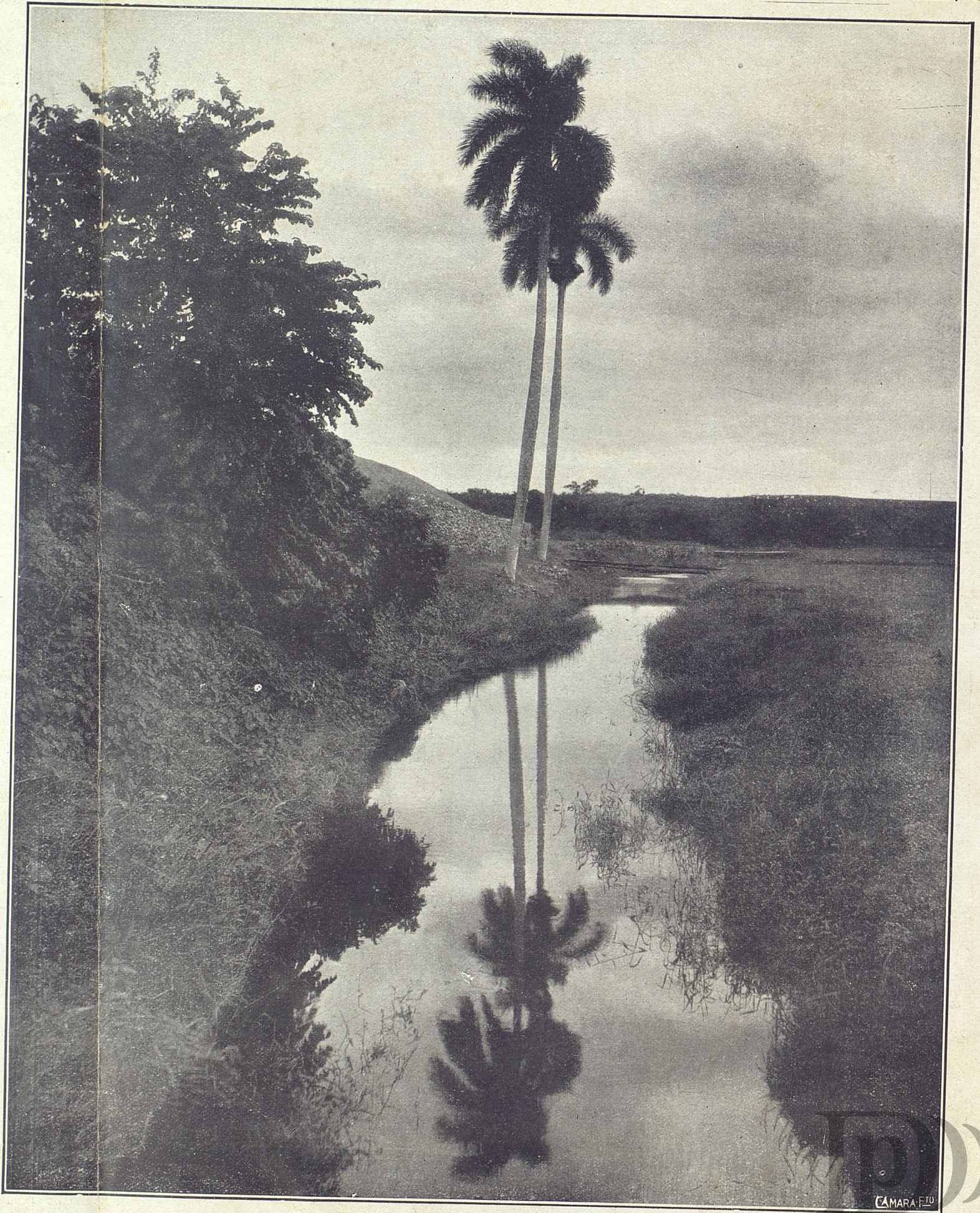


POR TIERRAS  
 :: DE CUBA ::

# LAS PALMERAS



Alrededores de la Habana

**H**ABÉIS meditado alguna vez en la expresión casi humana de los árboles?... Las flores, que aprisionaron en sus pétalos, unas el radioso azul de los cielos vanales, otras la púrpura cruel de la sangre, ó el amarillo del oro, ó la extraña esmeralda de los estanques muertos, les aventarán en ligereza y ligereza; pero aqué-

llos las sobrepujan en profundidad y misterio. Las vidas de las rosas, la de las magnolias, la de los lirios... son demasiado breves para entristecernos; porque sólo lo que dura nos entristece. Las primaveras se van y, con ellas, las flores; los azahares que hogaño Mayo nos trajo, no fueron nunca, ni volverán á ser...

No así los árboles. Todo cuanto bajó á la tierra y en sus incansables entrañas se descompone, á ellos refluye, y con inesperadas savias, maravillosamente en ellos renace. La inmovilidad les hace fuertes.

Viven más que nosotros, y esta conciencia que tenemos de su duración les magnifica.

CÁMARA-FIU

PATRIMONIO

OFICINA DEL HISTORIADO



nuestros ojos les inviste de un raro poder fascinante.

—Hace tiempo, al salir de la casa paterna por vez primera, levantamos los ojos hacia un árbol, que parecía decirnos:

—Pero... ¿te vas?... ¿Y por qué te vas, si lo tienes todo aquí?...

Y rodaron los años, muchos..., y, al reintegrarnos al hogar olvidado, el mismo árbol nos dijo:

—¿Para qué vuelves, ingrato? ¿Qué vienes a buscar, ahora que ya todo se fué?...

Los árboles, que acaso nos hablan y acaso nos ven, son seres extraños compuestos de dos manos. Con una de ellas se aferran a la tierra; sus dedos largos, torcidos, ávidos como tentáculo de pulpo, se llaman raíces. La otra mano, vuelta hacia arriba, se abre bajo la alegría del sol; sus dedos son las ramas. La primera es agresiva, desjugadora: las plantas nacidas en su vecindad mueren desecadas; la segunda, por el contrario, es cordial, oxigena el ambiente y brinda al caminante fatigado el beneficio de su sombra. Cuanto más se ahincan las raíces en la inmensa tiniebla fangosa del suelo, cuanto más profundas son, mayor tamaño alcanzan las ramas.

Toda la fiebre de barro, la sed de podre que hay en aquéllas, resurge en éstas trocada en codicia de limpieza y de azul. Los árboles hechos están de claridad y de sombra; son el nexo entre la tierra y el espacio añillado.

Los árboles más interesantes, los de mejor alcurnia y elocuencia, los más «humanos», y así merecen ser llamados porque sus siluetas responden exactamente a gestos precisos de nuestra alma, son tres: el sauce, el ciprés y la palmera.

El sauce es el llanto, el renunciamiento, el libro de oraciones; es la tumba abierta; las viudas, los huérfanos, lloran con él. En cada una de sus hojas menudas hay una lágrima suspendida. El follaje tiene la expresión de una cabellera despeinada por el dolor. Un sauce, por frondoso que sea, por alegre y lozano que parezca, siempre está de rodillas.

El ciprés es la plegaria; la pena hermética, rígida y sin palabras. Al acercarse a él, los vientos se amansan; su fronda, densa, tiene el silencio del terciopelo. Negros, erguidos, callados, los

cipreses parecen almas que, para morir, se hubiesen puesto en pie.

La palmera, ornato máximo de los países tropicales y del viejo Oriente, representa la laxitud, la indiferencia, el desdén. Por eso es equitativamente elegante; porque nada hay tan elegante como el desdén.

Resbala la Vida y, ante la momentaneidad de sus formas, los tres árboles magos hacen comentarios:

El sauce dice:

—Quiero morir.

Y el ciprés:

—Espero.

Y la palmera:

—¿Para qué?...

Ella, la gracia del Desierto, la favorita del sol, la eterna sedienta, no quiere morir. «¿Para qué?...» Tampoco espera. «¿Para qué?...» Y allá, en el remate de su tronco blanco, como de plata, sus hojas lánguidas, sus hojas que desprecian a la tierra, demasiado baja, y que no quieren mirar al espacio, parecen encogerse de hombros. La palmera es la quietud, la fatalidad, la contemplación, el destino. Ella, cuyo perfil melancólico rima con el andar parsimonioso de los camellos, aconsejó a Mahoma. El *Korán* fué escrito con una hoja de palmera.

Este árbol romántico, que algunos pueblos antiguos consideraron sagrado, y que dictó a la Arquitectura clásica el secreto de su alada armonía, es el adorno supremo de los campos urbanos. Es el árbol novelesco, por antonomasia; las palmeras se aman, y este oscuro deseo de amor es constante en ellas y orienta en un rumbo ó en otro su forma doliente. Cuando veamos que las pencas—semejantes a brazos implorantes—de una palmera solitaria se tienden, a pesar del viento, en cierta dirección, aseguremos que en ese rumbo otra palmera responde a su deseo nupcial y la llama y se ofrece.

A la luz del sol, y sobre el dúo verde y turquí del campo y del cielo, el tronco albo y sutil de las palmeras—altas, muchas de ellas de cincuenta y aun de setenta metros—, sus troncos verticales, rutilantes, parecen rayas hechas por un diamante en un cristal. De noche, al claror alechigado é impreciso de la luna, su belleza

madre adquiere reflejos metafísicos, y son como las lanzas de algún ejército enterrado allí. Son armoniosas, sugeridoras; la palmera es el epitafio y es la elegía, y es también el templo. Los iluminados que levantaron la mezquita de Córdoba y la catedral de Milán se inspiraron en ella.

El alma de Cuba es la palmera.

Los viajeros no se cansan de remirar ese árbol admirable, impregnado de tristeza elegante; ungido de silencio, si la brisa duerme; desesperado, como la cabellera de las Furias, cuando el huracán lo combate.

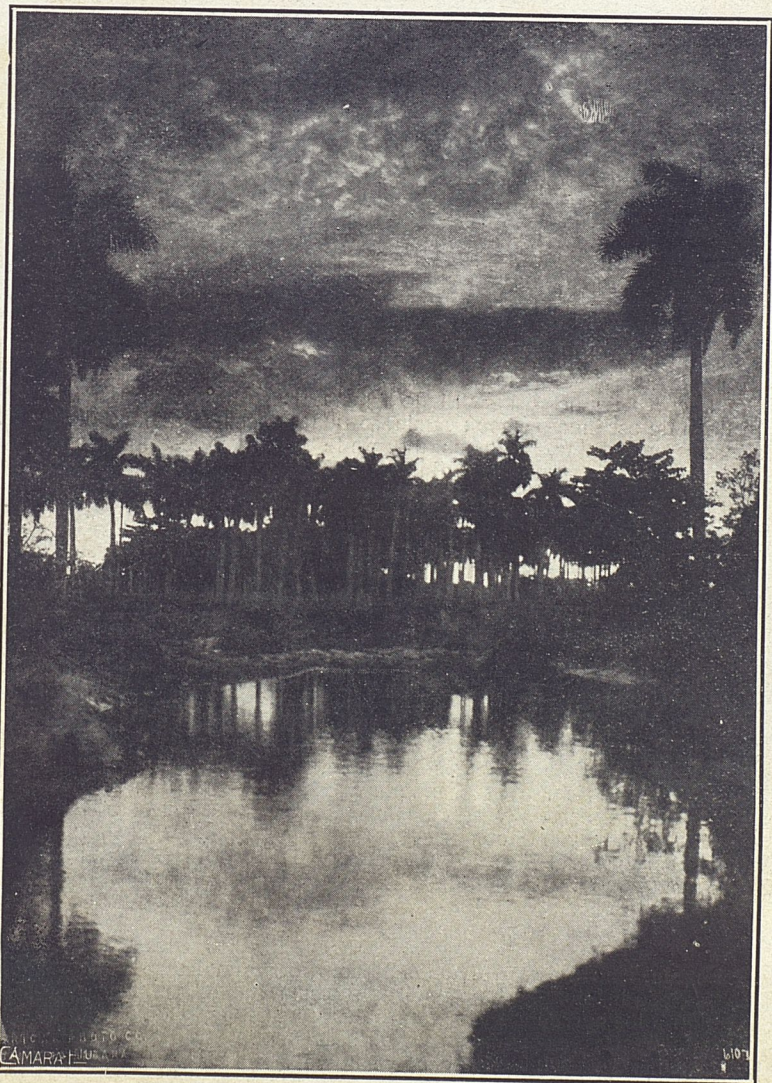
Al tramontar del sol, en el término de la llamada feracísima, los ojos divisan una línea de palmeras, y es tal su gracia, tan alucinante su ligereza, tan armoniosos sus perfiles, que, aun estando quietas, parecen andar... Vistas así, a larga distancia, en la quietud inefable de los crepúsculos tropicales, sus copas, desmayadas, inmóviles, formadas por hojas perezosas, llenas de abatimiento, semejan gigantescas arañas muertas, colgadas en lo azul, y sus troncos, plateados, cilíndricos y erectos, de impecable esbeltez, tienen la emoción de la aguja gótica. Muéstranse gráciles como una tenue columna de humo blanco, y nostálgicas, místicas y dulces, como una oración. Son la esperanza. Son como dedos que señalen al hombre la ruta de un más allá mejor. Vibra en ellas, cuyo follaje huye del suelo, una perpetua sed de Ideal, un ansia de espacio, una fiebre de azul, un miedo prócer a la tierra, á lo vulgar.

¡Árbol lírico, que llevas enredada en tu fronda la poesía del lontano Oriente! Árbol aristocrático, poseído de una divina repugnancia á todo lo feo, á todo lo sucio, á todo cuanto se arrastra por el suelo y vive en el polvo... Tú eres el rezo sin palabras que elevan de noche, bajo las estrellas, los campos de Cuba.

Árbol brujo: tú, que escapas de la tierra para abrir tus ramas en la luz, ¿no serías el símbolo de aquella idea generosa que nace en nosotros y luego se desgrana y subdivide en muchas?...

Las ideas geniales, las grandes ideas libres y puras, son las palmeras de nuestro corazón.

EDUARDO ZAMACOIS



Un paisaje de Santiago de Cuba



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

Guardarraya, cerca DE LA HABANA





Por la noche—sobre todo estas noches sin luna en que las lucécitas del campo centellean igual que las estrellas—hemos visto casi en lo alto del monte, muy lejos, como una ráfaga de luz. Esa ráfaga no alumbró lo que otro resplandor, perenne, que asoma por el lado de la llanura, como un crepúsculo, tímido, que durara toda la noche. Son millones de luces; dan un vaho de luz, el vaho luminoso de la ciudad, más allá del horizonte, y, no viéndose sino su refracción en el cielo, diríase que es el alba temprana, el alba que quiere romper á media noche. Luego, en efecto, ha de amanecer por ahí el día, como si Madrid lo enviara y como si la Sierra hubiera trasnochado para esperarle. Pero no es esa ráfaga la que vemos, sino otra más viva, más montaraz y también más humilde, que crece y mengua como si el viento soplara sobre ella, y que no parece un carboneo, sino más bien un incendio.

No una, muchas noches, arde el monte, y al día siguiente queda un gran calvero, una mancha negra, donde antes había pinares ó matas crecidas. Por eso miramos en lo alto de la Sierra las luces nuevas, inesperadas, con desconfianza y con recelo, porque vienen á delatarnos un crimen. Ocurre también que, cualquier día, caminando en alegre excursión, descansamos en la pendiente de un ribazo, antes de dominar un alto. Hay alguna fuentecilla que nos convida á dejar el camino y á sentarnos dando frente al terreno ya andado. O alguna peña á cuya sombra parece más intenso el verdor de la hierba y más agradable un cuarto de hora de reposo. Hemos subido ya á la atalaya de... asco, tendido

al sol como un hipopótamo soñoliento que dormitara allí, gigantesco é inmóvil, desde las primeras Edades de la Tierra. Por la carretera hemos visto pasar una moto, que llena de escándalo el silencio de aquellas alturas; un cazador, que va con su zurrón y su escopeta detrás de las perdices; unos boyeros, que echan el ganado monte adentro y dejan el camino, buscando, sin duda, los buenos pastos, que ellos conocen, ó el mejor atajo.

Y cuando queremos desprendernos del encanto de aquella calma, y seguir adelante la cuesta arriba, notamos algo extraño en el aire: el aroma del campo viene cargado de un olor acre, como de retama quemada, y empieza á asomar al otro lado del ribazo una nube de humo. Hay un viento muy vivo. Pronto comprendemos que arde el monte y que el viento trae las llamas hacia nuestro lado. ¿Cómo no lo habíamos visto antes? ¿Cómo ha podido ir el fuego tan deprisa? Hace falta haber visto el cárdeno de ese humo de incendio y las tímidas lenguas rojas, que van asomando entre las matas, para saber que traidoramente van las llamas por el monte bajo. Y es imposible, sin haberlo visto, comprender el amarillo espectral que proyectan sobre la tierra los rayos del sol al atravesar la cortina de humo. No puede compararse á nada, sino á la luz siniestra de los eclipses de sol, esa luz-sombra, sin crepúsculo, que hace aullar á los perros y prende el espanto en las pobres bestias, haciéndolas romper sus cadenas en las cuadras y en los establos.

El fuego es extenso. Arden grandes árboles á todo lo largo de la cañada. Hay que esperar

que si el viento no arrecia más se contendrán las llamas al llegar á la ancha carretera, que servirá de trocha. Pero convendría avisar. El peón caminero tiene su caseta á poca distancia. Vamos allá. Se le busca. No está. La mujer es tranquila, y no parece dar gran importancia al fuego.

—Ya lo vengo yo viendo dende por la mañana.

Dice, y al fin se resuelve á avisar por teléfono al pueblo más próximo. ¿Qué contestan del pueblo más próximo? No se sabe. Es domingo. Allí hay una capea, y los mozos están entretenidos. Además, coge demasiado lejos. El monte sigue ardiendo. Las llamas, rastreras y cobardes, han llegado al mismo borde de la carretera. Exhalan las matas un humo claro, apenas perceptible. Diríase que sobre ellas ha pasado, no el incendio, sino el otoño. Aventurándose sobre ellas, se desprende la ceniza caliente. Por fin, á lo lejos, vemos dos campesinos golpeando en los jarales con grandes ramas, y suponemos que alguien viene ya al encuentro del fuego. Pero, no; las voces son de ojeo.

Lo que hacen es echar la caza y aprovechar la feliz coyuntura.

Seguimos, pues, nuestra excursión. Cuando volvamos á pasar, otro día u otro año, el monte bajo tendrá la misma fuerza que hoy; pero los grandes árboles, quemados, y otros que no han caído por obra del fuego, pero que también faltan, esos ya no volverán á crecer.